

Nos hemos ido de vacaciones dejando los sagrarios abandonados

Ángel Gutiérrez Sanz

El hecho más consolador para este mundo nuestro que camina desorientado es que Jesús de Nazaret se encuentra entre nosotros, su presencia real la podemos encontrar en todos los sagrarios del mundo, pequeños oasis de paz, donde Él nos espera pacientemente para confortarnos y lavar las heridas que a cada paso nos va dejando la vida. " Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré". Yo no conozco mejor terapia para los corazones quebrantados y abatidos que descansar relajadamente, sin prisas, junto a Jesús Sacramentado.

Hay que ir al sagrario reposadamente y tratar de encontrar allí el silencio de Dios. Nadie como el buen Jesús sabía que tendríamos necesidad de ser reconfortados y consolados porque el mismo vivió nuestra misma aventura humana, compartió nuestras mismas experiencias y supo lo que es el cansancio abatimiento de un existir sin tregua, pero no fue solamente esto; la naturaleza humana de Cristo participó de nuestros mismos sentimientos y lógicamente experimentó en sus propias carnes la dureza de una despedida y quiso de alguna manera seguir estando entre nosotros. El había cogido un gusto sobrehumano a nuestra tierra y a vivir entre los hijos de los hombres. Habíamos llegado a ser sus amigos del alma y le costaba mucho desprenderse de lo que tanto quería. Las obras de Dios son perfectas y siempre tienen continuidad en el espacio y en el tiempo; quiso ser amigo para siempre, permaneciendo en nuestro suelo para seguir disfrutando de nuestra compañía, aún a sabiendas de que le íbamos a abandonar y dejar en el olvido. Desgraciadamente ésta es la realidad de la condición humana. Te has quedado en nuestra misma casa para hacernos compañía y nosotros no queremos saber nada de ti.

La respuesta que los hombres estamos dando a este misterio de amor pone de manifiesto nuestra enorme ingratitud. Nada tan triste como traspasar los umbrales de las puertas de las iglesias, a cualquier hora del día y encontrarlas desiertas, encontrarlas vacías. La situación se agrava aún más si cabe en la época estival en que las gentes abandonan su lugar de residencia habitual para irse a pasar a unos días a lugares apartados olvidándose de que también en estos sitios Jesús sacramentado está esperando su visita; pero no, hay que aprovechar cada minuto de las ansiadas vacaciones y no perder el tiempo en pisar las iglesias. Es como si la devoción cristiana precisara de una tregua vacacional

Ésta es la sangrante realidad de la que no somos lo suficientemente conscientes, por ello permítaseme traer aquí y ahora, un emocionado recuerdo del apóstol de los sagrarios abandonados, D. Manuel González, que fue obispo, primero de Málaga y después de Palencia, recientemente canonizado, el 16 de octubre de 2016, por el Papa Francisco. Este hombre campechano y sencillo, fue lo que se dice un enamorado de Cristo Sacramentado, que ya desde pequeño acostumbró a iluminar su fe con la tenue luz de la lamparilla del sagrario. Destinado a un pueblecito como sacerdote, pudo constatar el abandono en que yacía el sagrario y ello le marcaría para siempre dotando, a partir de entonces, de un especial carisma su labor ministerial, que podíamos resumir en dos palabras: abandono y compañía. Tan

cerca sentía a Cristo Eucarístico que no necesitaba de la fe para creer en su presencia real.

D. Manuel nos enseñó que el programa del sagrario, donde Jesús permanece con nosotros, puede ser un ideal de vida: Estar, acompañar a Cristo, es en cierta manera ser de Cristo. Tener los ojos puestos en el sagrario es tener la mirada puesta en ese punto rojo que nos transporta al misterio trinitario. El Jesús del evangelio es el mismo que el Jesús del sagrario, clamaba D. Manuel. Los biógrafos han dicho de él: "que fue orante evangélico ante la eucaristía y orante eucarístico ante el Evangelio".

¡Que gozo interior sentiríamos por dentro si la fe viva en Jesús Sacramentado invadiera y llenara nuestra alma!